

SUMARIO

S. M. el Rey en Alemania y Austria.—La caballería en la guerra, por C. D. P.—La táctica rusa y la táctica japonesa, por A. A. A.—Acerca de la artillería de campaña, por J. F. H.—Importancia de las obras de fortificación semipermanente.—Una carta de Dragomiroff.

Se acompañan los cuadernos 76 y 77 de **La Guerra ruso-japonesa**.

S. M. EL REY EN ALEMANIA Y AUSTRIA

La excelente acogida de que ha sido objeto nuestro Augusto Soberano en los imperios de la Europa Central nos colma de satisfacción como españoles, y nos trae á la memoria la conducta cortés, verdaderamente amistosa y siempre correcta, que han guardado en sus relaciones con España aquellos pueblos fuertes, poderosos y en los que tan alto brillan todas las cualidades del amor patrio y de una adelantada civilización.

Pero el uniforme que vestimos nos inclina á fijarnos de un modo particular en la visita de S. M. el Rey al Imperio alemán. Sin que participemos de la creencia de que España no saldrá en mucho tiempo de su actual estado de postración, la verdad es que en los presentes momentos no dispone de las fuerzas económicas y militares suficientes para ocupar un puesto distinguido en el concierto internacional, ni para que sus intereses y aspiraciones prevalezcan ó, cuando menos, sean plenamente respetados. Lo mismo ahora que en un próximo porvenir no solo no podremos imponernos, sino que tampoco nos será fácil reivindicar y sostener nuestros derechos más allá de nuestras fronteras continentales, y, si ocurren posibles contingencias, nos será difícil hacer respetar nuestra neutralidad.

Pero, al contrario de lo que opinan muchos, en los momentos de prueba resurgirá nuestro espíritu y nuestras energías nacionales, amortiguadas pero no extintas, y España dará pruebas de vitalidad con las que acaso no se cuente en las cancillerías extranjeras.

Seguimos siendo poco conocidos y mal comprendidos, lo mismo ahora que en el siglo XVIII, y se juzga al pueblo español por alguno de sus caracteres externos y por la marcha enteramente contingente de la política internacional. Por eso cuando descubrimos en el mundo que nos rodea alguien que nos haga justicia y que, dejando aparte las apariencias, penetre en lo íntimo de nuestra existencia nacional, nuestro agradecimiento es mayor y más viva nuestra satisfacción.

Nada puede temer Alemania de nosotros, ni necesita su egregio Mo-

narca desplegar ante nuestra vista las imponentes fuerzas militares del Imperio, para que todos sepamos cuán grande es el poderío militar de aquel Estado y cuán sólidas son y profundamente arraigadas están en sus tropas todas las virtudes militares. Y, sin embargo, S. M. el Emperador de Alemania se ha complacido en dar un carácter esencialísimamente militar á la espléndida recepción de nuestro Monarca, representante genuino de toda la Nación española. Mostrando á S. M. el Rey aquellos soberbios regimientos que constituyen el sostén más firme del Imperio y bajo cuyo amparo prosperan y se desarrollan todas las fuentes de prosperidad, el Kaiser, que nada ejecuta irreflexivamente y sin fundado motivo, ha dado una respuesta categórica á las desdeñosas frases de cierto estadista británico, desaparecido ya del mundo de los vivos, agasajando á nuestro Monarca, no como á la personificación de un pueblo decadente y próximo á desaparecer, sino como al jefe de una Nación que más ó menos pronto volverá á ocupar un lugar entre las grandes Potencias, y que, entre tanto, conserva energías más que suficientes para defender su nacionalidad.

Tenemos que agradecer, además, al Kaiser otra de las finalidades de su conducta. Antes que los museos, los palacios suntuosos y cuanto digno de ser visto hay, y es mucho, en Alemania, ha querido enseñar á nuestro Rey el alma de aquel imperio, su ejército, en el que se funden y compendian, en lo que tienen de mejores, todas las altas dotes y cualidades de aquel pueblo. No es el ejército alemán un organismo del Estado, una rama del árbol nacional, un elemento más ó menos necesario é importante, no: es la patria, es Alemania. En eso radica el secreto de su fuerza. Se le copia, se le imita, se le traduce, pero la copia, la imitación y la traducción no se parecen ni recuerdan siquiera al original, porque les falta el espíritu que vivifica, el alma que da vida; sin ese espíritu ni esa alma resultan los ejércitos meros mecanismos, simples instrumentos que saltan, se quiebran y descomponen con facilidad.

Si de los viajes que realiza por Europa nuestro joven Soberano, España se promete felices consecuencias, el Ejército, en particular, espera beneficiosos y relevantes frutos de la real visita á Alemania, y no ciertamente por egoísmo, ni el deseo de medros personales ó de la obtención de privilegios, sino porque ansia cumplir sus fines con la misma eficacia, aunque en esfera más modesta, que el ejército alemán llena los suyos. El espíritu militar, el claro juicio y la privilegiada inteligencia de S. M. el Rey, de seguro habrán descubierto que el ejército germánico no es producto de reglamentos escritos, ni debe su fuerza al inmenso material de que dispone, sino que es el crisol donde desaparecen los defectos y se purifican y realzan las buenas cualidades de la nación alemana. Es un ejército nacional en el más hermoso sentido de la palabra, y eso no se puede imitar ni copiar, sino que necesita ser creado por una poderosa

é incontrastable iniciativa, secundada por el leal concurso de todos.

El uniforme español ha sido honrado y enaltecido en la Europa central y muy especialmente en Alemania, haciendo brotar la gratitud de nuestros corazones. Saludemos al glorioso ejército alemán, modelo hoy inimitable, y al no menos glorioso de Austria-Hungría, y tributemos un homenaje de entusiasta y respetuosa admiración al ilustre Emperador de Alemania, general y coronel español, y al venerable Emperador Francisco José.

LA CABALLERÍA EN LA GUERRA

Por mucho que se perfeccionen las cuaidades del armamento no variará el empleo de la infantería y de la artillería en el combate; las tácticas de una y otra podrán sufrir modificaciones; pero la intervención general de una y otra arma en la batalla, seguirá siendo la misma: sin ellas no se concibe el desenlace táctico; siempre ha sido y será necesario el fuego de la artillería y el ataque de la infantería, no bastando jamás el uno ni el otro por sí mismos. ¿Ocurre lo mismo con la caballería?

Anticipándose á las enseñanzas de la guerra moderna, casi todos los ejércitos han desviado á la caballería de lo que hasta hace poco era su principal misión: la carga, bien para provocar el éxito inmediato, ya para contener el enemigo victorioso, ó destruirlo en la persecución. El fusil moderno, se ha dicho y se ha repetido en todos los tonos y de todas las maneras, hace punto menos que imposible el empleo táctico de la caballería; masa de jinetes que se exponga, aunque sea durante breves minutos, al fuego de la infantería ó de la artillería, perecerá sin remedio, y se sacrificará sin ventaja para el ejército propio. Este razonamiento se ha admitido como inconcuso, y la caballería ha buscado nuevo campo para desenvolver sus actividades y seguir siendo útil.

Los servicios de exploración se lo han ofrecido abundante y variadísimo, y lo mismo ha sucedido con los de seguridad, pero como la caballería empleada en tales cometidos ha de verse á menudo detenida por la infantería enemiga, se la ha dotado de un arma de fuego, y se juzga generalmente necesario que ha de saber manejarla tanto en el combate á pie como á caballo. Así, poco á poco ha ido perdiendo la caballería, como arma de combate, su importancia, y se le ha encarrilado por caminos que creemos funestos para ella y por consiguiente para las demás armas y para el ejército.

Tropa de caballería que se descubra al fuego enemigo, será destruída, es innegable; pero ¿no acontece lo mismo con la infantería? ¿Acaso ésta no busca en la dispersión de sus líneas y en la pala del zapador los medios que le permitan intervenir en todas las fases del combate y llegar á la lucha al arma blanca, si es menester? ¿Por qué la caballería no

ha de estudiar el medio de evitar en lo posible los terribles efectos del fusil de repetición? Ciertamente que no podrá cubrirse en trincheras, como la infantería, pero en compensación la rapidez de sus ataques y el efecto moral y material de los mismos son muy superiores á los de la infantería?

Locura sería que una tropa montada se lanzase á la carga contra una masa de infantería cubierta en el terreno y conservando una formación ordenada; pero no menos locura sería que el ataque se emprendiera por la infantería. El avance ofensivo solo tiene éxito cuando el enemigo empieza á estar quebrantado por el fuego, ó cuando es objeto de un movimiento envolvente amenazador, procedimiento general actualmente para alcanzar la victoria. Y cuando el adversario se ve obligado á cambiar de posición, á modificar su orden de batalla, ó queda desordenado á consecuencia de los ataques de la infantería, aunque haya salido victoriosa, la caballería no solo podría, sino que debería intervenir agotando sus energías y sin volver la vista atrás.

La prudencia excesiva que han demostrado los jinetes rusos y japoneses provino de su mal empleo por parte de los generales en jefe; pero este mismo mal empleo ha servido para que la opinión profesional comience á darse cuenta de que la caballería no debe tenerse arrinconada durante la batalla. La última guerra ofrece pocos ejemplos, si bien elocuentísimos. En Va-fang-ku, las sotnias de cosacos se lanzan intrépidamente al galope para detener el avance victorioso del centro japonés que, apoyado por una poderosa artillería, amenaza dividir en dos porciones al cuerpo de ejército de Chtakelberg; en su empeño desesperado, los cosacos sucumben gloriosamente, pero no ellos solos, porque la misma suerte corren dos regimientos de infantería, reducidos poco menos que á polvo por la lluvia de hierro que les azota desde las posiciones japonesas; fracasa la caballería, no por ser montada, sino por idéntica razón que fracasa la infantería. Más adelante, en Liao-Yang, dos regimientos de dragones caen sobre tres batallones japoneses de Kuroki que se han abierto paso á viva fuerza entre las líneas rusas, obligando á retirarse á infantes y artilleros; desordenados por el ataque los batallones, y fatigados por la escalada del monte, apenas desembocan en una pequeña cañada, los sables de los dragones los ponen en dispersión, y un batallón japonés queda en poder del vencedor: no es la infantería montada, no es el jinete que maneja á la perfección el fusil el que obtiene este triunfo: es el hombre cuyas únicas armas son el sable y el caballo.

No mucho después, en el ataque de Pen-si-hu, seis regimientos de cosacos se ven detenidos por tres ó cuatro batallones japoneses: por grande que sea la osadía y el valor de aquellos jinetes, y por extraordinaria su habilidad como tiradores, no pueden competir en terreno quebrado con un enemigo menos numeroso, pero que se mantiene en sus

posiciones que apenas han sido objeto de media docena de cañonazos. Mas cambia la situación y cambia el resultado: en San-de-pu, los cosacos de Michtchenko destruyen, cargando al galope, tres compañías enemigas; salvan de una muerte segura á un batallón ruso; y en otro lugar del campo de batalla, cuando el general ha consumido toda su infantería en ataques infructuosos contra San-de-pu, y se ve en inminente riesgo de ser derrotado, es la caballería quien aleja el peligro, porque carga en línea, repele á los japoneses y llega á las alambradas mismas de los reductos tan fieramente disputados.

No han sido los rusos, sino los japoneses y los agregados británicos quienes han hecho saber uno de los mayores errores cometidos por el general Kuropatkin. En los días 6 y 7 de Marzo, durante la batalla de Mukden, el ejército de Oku fué batido y derrotado; por fortuna para él llegó en su apoyo una división del centro, y la infantería rusa, fatigadísima y agotada por los esfuerzos sobrehumanos, realizados en los días anteriores, hubo de detenerse en su avance y quedó la situación estacionaria. Pues bien, oficiales japoneses que tomaron parte en aquellos hechos de armas, y los corresponsales de los periódicos más importantes, han reconocido y declarado espontáneamente, pues nadie sabía ni sospechaba lo sucedido, que si el éxito de la infantería rusa hubiese ido seguido de una acometida realizada por una división de caballería, el ejército de Oku en masa habría sido destruido, porque era tal el agotamiento físico de la tropa, que cuando llegó la división de refuerzo los soldados no pudieron marchar adelante y apenas les fué posible seguir haciendo fuego: todas las unidades estaban mezcladas y confundidas, y la confusión era espantosa. Pero Kuropatkin, imbuído de las modernas y, á nuestro juicio, equivocadas ideas, y acariciando ya la de retirarse, mantuvo lejos del campo de batalla á la excelente caballería de Michtchenko para oponerla dos días después, cuando el ejército ruso comenzó á replegarse, á la infantería japonesa: ¡los cosacos echaron pie á tierra y protegieron la retirada!

No; la caballería no ha perdido su importancia táctica; le es imposible intervenir útilmente en las primeras fases del combate, pero no en las últimas. Precisamente la eficacia y el terrible efecto del fuego acrece su papel, porque al iniciarse el desenlace la tropa derrotada necesariamente apresura sus evoluciones y se desordena, y, aunque continúe vomitando plomo, su fuego es poco temible; la aparición de la caballería en tales circunstancias, así como después de un ataque rechazado, no sería de inferiores resultados á los brillantísimos logrados por esa arma en otros tiempos.

Por lo demás, no en todos los ejércitos la caballería, ó, por mejor decir, los que se precian de dirigirla, sigue el falso camino que lamentamos. Con admiración recordamos la constante tendencia del Kaiser y

sus esfuerzos encaminados á que la caballería alemana continúe digna de su glorioso pasado: no hay grandes maniobras en que el Kaiser no termine las batallas simuladas poniéndose al frente de algunos regimientos de jinetes y conduciéndolos á la carga: como dando á entender que este es el objeto principal de la caballería, el más útil de sus papeles, y que debe acecharse la ocasión para empeñarla en la batalla.

Bien está que el jinete sea un tirador consumado; que se le ejercite en el combate pie á tierra, y que se le amaestre en los servicios de exploración y de seguridad, pero no basta. Para llenar estos cometidos es más útil la infantería montada, en la que el caballo solo es un medio de dar rapidez y velocidad, pero no un elemento de choque; y en los países montañosos, le será punto menos que imposible á la caballería desempeñarlos en grande escala, no pudiendo competir con la infantería.

No es de extrañar, por consiguiente, que se haya iniciado una reacción, y que se empiece á comprender que se ha apartado á la caballería de su cometido capital para inclinarla á fines accesorios, auxiliares y en cierto modo secundarios. La organización de sus unidades obedece al concepto táctico, y aun más su agrupación en brigadas y divisiones. ¿A qué esa organización sino se la ha de emplear como arma?

La última guerra ha disipado toda duda. La infantería japonesa ha desempeñado los servicios de seguridad y exploración de un modo insuperable; y para hacer lo mismo la caballería rusa ha tenido que abandonar los caballos en muchas ocasiones, de donde se infiere que si bien en ciertos casos las tropas montadas serán inapreciables en el desempeño de aquellas funciones, en otras muchas las reemplazará con ventaja la infantería, mientras que esta última no podrá jamás igualar á la caballería como arma de choque y velocidad.

Ni hay que atribuir tampoco al fuego la importancia que se le da. Las armas se perfeccionan, pero el hombre permanece el mismo, y si alguna variación experimenta con el cambio de las costumbres y el desarrollo de la civilización es en perjuicio de sus cualidades físicas y de las dotes morales, que alcanzan todo su valor en la guerra. En ciertas fases del combate, el fuego apenas es temible, tanto si se maneja un fusil de repetición como si se usa una escopeta de chispa. La caballería debe aprovechar estos momentos para hacer sentir su acción.

La osadía de los hulanos y húsares alemanes, durante la guerra de 1870-1871, causó viva sorpresa y honda emoción en la nación vecina, que creyó que la caballería enemiga había puesto en práctica métodos y procedimientos antes desconocidos; y obsesionados los franceses por todo lo que ven al otro lado de su frontera oriental, quisieron dejar atrás á la caballería alemana en lo que suponían nuevo empleo de la misma en la guerra. De aquí provino la nueva orientación que tan rudo golpe ha sufrido durante el conflicto del Extremo Oriente, orientación debida

á espíritus teóricos que buscan la eficacia en la novedad, y creen que sin ésta nada bueno puede haber. Debieran haber aprendido de la nación que traducen sin entenderla, que copian sin comprenderla, de Alemania, que se ha mantenido fiel á los principios inmutables por los que debe regirse toda buena caballería. El arma es lo primero; después los servicios especiales y auxiliares. Y, sobre todo, la persuasión de que, cualquiera que sea el armamento, los caracteres generales de la lucha, como consecuencia que son del elemento humano, permanecen inmutables y fijos, variando únicamente los accidentes circunstanciales.

La reacción expresada se observa también en lo que atañe al armamento del jinete. No hace mucho se llegó casi al extremo de admitir que un arma de fuego larga era lo único necesario, y que las armas blancas apenas serían indispensables. Por respeto á la tradición y por atender á necesidades de un linaje no exclusivamente militar, fué conservado el sable, pero contra la lanza se levantó una cruzada irresistible. ¡Contra la lanza, á la que la caballería debe muchos de sus mayores éxitos! En la última guerra, las lanzas de 150 cosacos bastaron para reducir á polvo, pues apenas se salvó un solo hombre, todo un escuadrón de dragones japonés, armado de tercerola, sable y revólver. Y tanto contra caballería como contra infantería, la lanza es el arma más adecuada á caballo, la única, si está bien manejada, contra la que nada puede la agilidad y la astucia del enemigo; la que más impresiona, y la que mayor pavor causa en la persecución.

Volvamos, pues, por los fueros de la verdadera y clásica caballería. Procuremos que se halle en estado de cumplir su vasto y variadísimo servicio, pero ante todo restituyámosle el armamento que le es propio, é inculquemos en el soldado la idea de que es un arma de combate y que como tal está llamada á conquistar nuevos timbres de gloria.

C. D. P.

LA TÁCTICA RUSA Y LA TÁCTICA JAPONESA

Todos los testigos presenciales unánimemente han reconocido que las tropas rusas han demostrado por lo menos tanta bravura como las japonesas, en la última guerra. El desenlace de las batallas es á menudo independiente de la bravura de las tropas, y los éxitos de los japoneses se han atribuido á errores y defectos del generalato ruso. Pero si esto es admisible en general, no da explicación satisfactoria de un hecho repetido casi diariamente desde el Yalú á Mukden; en episodios aislados, independientes hasta cierto punto de la marcha general de la batalla, los ataques de la infantería japonesa han tenido éxito casi siempre, mientras que han fracasado con la misma frecuencia los emprendidos por la infantería rusa, á pesar de haber sido preparados por la artille-

ría. Unicamente los obstáculos pasivos han podido detener á los pequeños infantes orientales, pero no las trincheras, ni el valor, llevado al heroísmo, de sus enemigos.

La superioridad de fuerzas en los puntos convenientes explica en parte el hecho á que nos referimos, pero no lo esclarece del todo, porque ni cuando la superioridad estaba del lado de los rusos triunfaban éstos, aunque fuera parcialmente. La explicación debe buscarse en los procedimientos tácticos empleados por ambos contendientes.

Uno de los oficiales extranjeros que han seguido de cerca todos los sucesos de aquella guerra, sintetiza ambos métodos en pocas palabras que no dejan lugar á la menor duda.

Una unidad rusa se lanza al ataque. La línea de tiradores, reforzada y apoyada de cerca, toma el paso ligero y avanza denodadamente: el fuego japonés aclara las filas, pero no importa; los huecos se llenan y la línea sigue avanzando; á medida que se acerca á la posición enemiga el fuego se hace más certero, y los hombres van cayendo unos después de otros; nada detiene su empuje, sin embargo, pero son tantas las bajas, que cuando el atacante llega á la inmediación de la posición que se proponía conquistar, no solo es demasiado débil para tomarla, sino que ni aún puede contener el contraataque del defensor, descansado y más fuerte. El campo queda sembrado de cadáveres, y el atacante, más que rechazado, queda destruido.

En otro punto del campo de batalla, las tropas rusas que defienden una posición, ven destacarse á lo lejos una línea de siluetas muy espaciadas entre sí, que adelantan á la carrera; ábrese el fuego contra ellas, pero á los pocos momentos se desvanecen como si las tragara la tierra, mientras que un poco más allá aparece una segunda línea que avanza con la misma rapidez que la anterior; el tiro se dirige contra este nuevo enemigo, y súbitamente la primera línea, que parecía exterminada, surge de nuevo, corriendo á toda velocidad hacia adelante, á la vez que la segunda se detiene y desaparece. Impónese la variación del objetivo del fuego, pero éste es poco eficaz, ya que casi inmediatamente vuelve á detenerse y ocultarse la línea avanzada, á tiempo que una tercera desemboca por donde aparecieran las otras dos, y que estas rompen un fuego á discreción contra el defensor. Este no sabe contra quién dirigirse, y, antes de que adopte una determinación, las dos primeras líneas prosiguen el avance gradual y se detiene la tercera. Así poco á poco y sufriendo relativamente pocas bajas se reúnen cerca de la posición tres y á veces cuatro ó más líneas japonesas, y en cuanto han logrado la superioridad y preparado el ataque mediante un vivísimo fuego, se arrojan á la carga simultáneamente, tratando de envolver la posición.

Los rusos buscan el éxito fundándose en su valor, desprecian el fuego enemigo y son víctimas de él. Los japoneses procuran ante todo

conservar sus fuerzas, y así siempre son más fuertes en el punto de ataque.

Pero, se dirá ¿cómo consiguen sustraerse las líneas de tiradores al violento tiro del defensor? Los reparos y accidentes naturales pocas veces bastan para cubrirse una línea algo extensa, y tampoco se suelen encontrar escalonados, paralelamente los unos á los otros y á pocos centenares de pasos entre sí. Mas no es en ellos donde los japoneses encuentran la deseada protección, sino en el útil que llevan pendiente del cinturón y al que atribuyen tanta importancia como al fusil, porque si éste les sirve para quitar la vida al adversario, aquel les permite conservar la propia. A una señal del comandante de la línea, cada infante se echa en el suelo, y en breves segundos abre una excavación irregular en que medio se oculta, y que luego profundiza y ensancha, para repetir el mismo trabajo un poco más allá. Los escalones siguientes regularizan y van mejorando esas informes obras defensivas, que llegan así á convertirse en profundas trincheras tan propias para preparar el asalto final como repeler un contra-ataque y reorganizarse, si la embestida ha sido rechazada.

En los combates librados durante lo más riguroso del invierno, la extraordinaria dureza de la capa de hielo que cubría los campos impidió practicar esos trabajos de atrincheramiento, y los japoneses no pudieron obtener los triunfos á que estaban acostumbrados, á pesar de que extremaron sus audacias y no retrocedieron ante ningún sacrificio.

Esa táctica japonesa, nunca empleada antes de ahora, fué hija de la amarga experiencia: en las primeras acciones, durante bastantes meses, los japoneses no abrieron trincheras, en la ofensiva, más que en los puntos que podían servirles de apoyo; pero la batalla de Liao-Yang fué una verdadera maestra para ellos, y desde entonces acudieron siempre, alternativamente, á la pala y al fusil, tanto en las grandes batallas como en las escaramuzas y reconocimientos.

No fué menester dar al soldado una instrucción especial, porque bastó el instinto de conservación y las lecciones recibidas en los encuentros anteriores, de modo que cada infante abría un hoyo con arreglo á sus particulares condiciones, sin que se le enseñase otra cosa que la disposición general más conveniente que debía tener la pequeña trinchera y el minúsculo parapeto.

Pero es difícil que ese mismo soldado se hubiera entregado con ardor á la molesta tarea de excavar la tierra, si las balas no hubieran silbado junto á su cabeza amenazando arrebatárle la vida. Por otra parte, tampoco es posible dejar la práctica de tales trabajos para cuando la guerra los imponga; procediéndose así se corre el riesgo de que el ejército sea destruido antes de que haya aprendido á protegerse, en particular en caso de una guerra en Europa donde los acontecimientos no seguirían el

lento curso que han tenido en el Extremo Oriente, y en donde también desde el primer momento los beligerantes pondrían en el teatro de operaciones el máximo de sus fuerzas militares.

Es menester por consiguiente que desde su incorporación á filas se imbuya en el soldado la idea de que para vencer se requiere el triple manejo del fusil, de la bayoneta y de la pala, y no se atribuya al fuego el papel de elemento decisivo y casi único, porque en la ofensiva será impotente sin el auxilio de la pala, y también en la defensiva frente á un enemigo inteligente é instruido; en cuanto á la bayoneta, tan útil es en la defensa como en el ataque.

Importa asimismo que en el campo de instrucción y en los ejercicios y maniobras se venza la natural apatía del soldado, haciéndole ejecutar siempre y repetidamente pequeños abrigos de protección, de los cuales se le sacará después para lanzarlo al ataque: único modo de que no quede desvirtuado el verdadero objeto de aquellas trincheras, y de que la tropa no adquiera un falso concepto del combate. Desde este punto de vista, se impone una modificación en nuestros reglamentos tácticos, que van siendo ya anticuados por muchos conceptos.

A. A. A.

ACERCA DE LA ARTILLERÍA DE CAMPAÑA

Aunque no se refiere de un modo directo á España, consideramos interesante un artículo que hace poco ha aparecido en la revista inglesa *Army and Navy Gazette*, y que se refiere á la organización de la artillería de campaña, cuestión de completa actualidad en nuestro ejército. Dice así el referido trabajo:

«Como todos sabemos, Alemania cometió una equivocación económica cuando adoptó el nuevo cañón de campaña, conocido por «modelo de 1896.» Sin duda es un cañón muy bueno, pero no tan bueno como el que los franceses construyeron dos años después. Este cañón y la aparición luego del francés han dado abundante materia á los escritores alemanes. Finalmente se admitió por todos que el cañón francés es el mejor, y que es necesario dotar de un nuevo cañón á la artillería de campaña alemana; la discusión versa ahora sobre si los franceses procedieron cuerdamente ó no en otras innovaciones que realizaron cuando introdujeron su nuevo cañón, siendo el punto principal determinar si el número de cañones de la batería debe reducirse de seis á cuatro.

»Los críticos alemanes se han dividido en dos escuelas y han gastado mucha tinta en sus controversias. Unos, defienden todas las innovaciones francesas, mientras que los otros consideran que Alemania entiende tanto en artillería como puede entender Francia, aunque admitiendo ahora, desde luego, que la patria incurrió en un error no aguardando

un par de años más á introducir su último armamento. El teniente general von Rohne, que es el caudillo de lo que podríamos llamar escuela pro-francesa, se opuso durante algún tiempo á sus enseñanzas; pero desde su conversión ha obrado con todo el ardor y la fuerza de convicción de un prosélito. Sería enojoso recordar aquí todos sus argumentos, pero ellos conducen á las siguientes conclusiones:—Los franceses ocuparon el primer puesto, en lo que se refiere á los modernos inventos artilleros, cuando inventaron el cañón de tiro rápido, logrando con él que uno de sus cañones diera más efecto que dos de los antiguos existentes en cualquiera otra de las Potencias europeas. Está de acuerdo con la escuela francesa en la opinión de que la artillería moderna debe ser una máquina propia para arrojar balas á gran distancia, y no un arma dirigida á herir un pequeño blanco y desparramar los proyectiles alrededor de este. El moderno cañón no es malo, sino mejor que cualquiera de sus predecesores, pero no es este el caso. Von Rohne acepta todas las sutilezas del sistema francés de maniobra y disciplina de fuego, así como la doctrina de la batería de cuatro cañones. Esta reducción significa que Francia ha podido hacer, durante seis años, con un tercio de artillería menos que sus posibles enemigos, lo mismo que estos con más artillería pero peor. Von Rohne aprovecha todas las ocasiones para explicar, con su poderosa pluma, á la nación germánica que ella también podría reducir en un tercio su artillería si aceptara un nuevo cañón de tiro rápido. Los principales argumentos, no sancionados por la experiencia de ninguna guerra, son que un cuerpo de ejército no puede disponer de espacio para más de 96 cañones cuando despliegue en el campo de batalla, y que cualquier batería de más de cuatro cañones de tiro rápido es tan poco manejable que se pierden todas las ventajas del nuevo cañón. Sostiene que la disciplina y táctica del fuego dependen realmente de que la batería de cuatro cañones sea la unidad.

»Los franceses parece que tienen buenas razones en favor de sus baterías de cuatro cañones. Cuando el nuevo cañón les puso en condiciones de superioridad sobre los demás ejércitos de Europa, pudieron sin inconveniente estudiar el modo de introducir economías, extendiendo la reducción del número de piezas en cada batería, pero no el número de baterías en cada cuerpo de ejército. Sin embargo, su primitiva intención parece ser que consistía en aumentar poco á poco el número de baterías hasta llegar al número de bocas de fuego que antes tenían. Pero esto no se hizo, porque se tropezó con la dificultad de la falta de oficiales y soldados, lo que suponía un enorme aumento en los gastos. De vez en cuando han circulado rumores de que los franceses elevarían á seis el número de cañones de la batería, porque este aumento de gastos consiguiente no sería tan grande como el exigido por el aumento en el número de baterías. Von Rohne atribuye estos rumores á los alema-

nes, y no á los franceses, puesto que sabe que la escuela alemana desea introducir un cambio de armamento sin reducir el número de cañones por cuerpo de ejército, sino conservando las baterías de seis; pero no insistiría en este último punto siempre que no disminuyese el número total de cañones.

»Los argumentos de la escuela alemana pueden sintetizarse en estos términos: 1.º Si en el año 1896 era posible que al desplegar un cuerpo de ejército hubiera lugar para 144 cañones, no hay razón que se oponga á que ocurra lo mismo en 1906, y mucho menos observando que con los nuevos cañones y los modernos aparatos de puntería es mucho más fácil establecer la artillería en dos líneas. No se sabe que actualmente un cuerpo de ejército necesite para desplegar mayor espacio que antes, aunque las guerras recientes señalan la posibilidad de este hecho; pero los reglamentos alemanes aún no han reflejado las enseñanzas de la última guerra.—2.º Cuando se extendió el fusil de depósito, á nadie se le ocurrió pedir que la fuerza de los batallones fuera de 750 hombres en lugar de 1.000, fundándose en que 500 hombres dotados del nuevo fusil tenían más valor combatiente que 1.000 hombres armados de fusiles de disparo único, y que el tiro era más difícil de dirigir. Lo que habría sido absurdo para la infantería lo es también aplicado á la artillería.—3.º La dirección del fuego no es mucho mejor, si acaso aventaja en algo, en las baterías pequeñas; esto es sencillamente producto de la instrucción, y con mucha razón sostienen que el mando de una cadena de artillería se facilita si las baterías son grandes.—4.º Así mismo afirman que la colocación de las baterías será más difícil si ellas son pequeñas, puesto que en compensación su número será mayor, y el tiro de una entorpecerá y será confundido con el de las otras.

»Von Rohne se ha aferrado á la cuestión del abastecimiento de municiones como último argumento. Pero no conviene exagerar porque es imposible pretender que los cañones de tiro rápido estén dotados de las municiones necesarias para hacer un fuego incesante. El efecto de tal fuego sería relativamente escaso. Lo que es menester es reducir al silencio ó destruir los blancos tácticos en cuanto aparezcan en el moderno campo de batalla. Porque, aún con el cañón de tiro más lento se puede disparar un tiro por minuto, y en dos horas y media quedarían consumidas todas las municiones inmediatamente disponibles en nuestra artillería (la inglesa), de donde se infiere que la dirección del fuego no es una nueva necesidad. El cubrir rápidamente de balas de shrapnel una cierta área conduce á un gasto enorme de proyectiles. Esto es necesario en ocasiones, y los japoneses, con todo no tener cañones de tiro rápido, han empleado este método con éxito. Pero los japoneses deben haber economizado sus municiones con el mayor cuidado, en orden á disponer de ellas para una batalla de diez días, aún admitiendo que emplearan el

sistema más perfecto de abastecimiento. Desde luego podemos decir, con perfecta certeza, que son las condiciones de la guerra moderna quienes obligan á un gran consumo de municiones y no la existencia de los cañones de tiro rápido; y que demuestra la debilidad de la causa que se defiende el apoyarse en el argumento del consumo grande de municiones para pedir la reducción en el número de cañones de la batería.

»Esto en lo que respecta á los puntos de vista francés y alemán sobre la artillería de campaña. ¿Afectan en algo á nuestros sistemas establecidos sobre el nuevo cañón? Probablemente, no. Nosotros podemos ciertamente oponernos á la reducción de cuatro cañones por batería, á menos de aumentar el número de ellas, porque esto nos conducirá á disponer solamente de tres cuartos de cañón por cada 1.000 hombres en la India; un ejército ruso, si invade la India, tendrá cuatro cañones por cada 1.000 hombres. En Inglaterra solo disponemos de un cañón y medio por cada 1.000 hombres si incluimos la Milicia y los voluntarios, porque no creemos que ningún hombre de sano juicio pretenda que estas tropas combatan sin artillería. Los franceses tienen tres cañones y medio de tiro rápido por cada 1.000 hombres, y los alemanes cinco y medio por 1.000. Aún con nuestras baterías de seis cañones nos encontramos en deplorables condiciones en lo que atañe á la artillería, aunque los cañones sean de tiro rápido, y perfecto el abastecimiento de municiones.

»El proyecto de aumentar nuestra artillería de campaña á 225 baterías de cuatro cañones, no hay duda que sería rechazado por la Hacienda, por ventajoso que fuera, á pretexto de los gastos que impondría. La gran ventaja de tener 225 baterías de cuatro cañones sería que con el tiempo tal vez se convirtieran en baterías de seis cañones, y entonces nuestra artillería no sería tan peligrosamente débil. Siempre es expuesto profetizar, pero parece cierto que si Alemania adopta baterías de seis piezas con su nuevo cañón, Francia aumentará hasta el mismo número el de cañones de cada batería, por grandes que sean las dificultades para procurarse el personal indispensable. También puede aventurarse el parecer de que, á despecho de von Rohne y todas sus teorías, en la guerra las baterías de seis cañones derrotarán á las de cuatro, á no ser que haya tres de estas contra dos de las primeras, si unas y otras están bien dirigidas tanto por el jefe de la artillería como por los de los grupos y los de las baterías. Los jefes de mayor graduación son los que han de cumplir los deberes más importantes, y esos deberes se facilitan cuanto más grandes son las baterías y menor es su número.»

Ignoramos si von Rohne defiende por convicción las ideas francesas ó si le guían en su conducta otros móviles que redunden en beneficio de Alemania. Lo cierto es que en Francia la opinión militar, casi unánime, se ha pronunciado en favor de las baterías de seis piezas. Recientemente un general, en un periódico profesional muy acreditado, insiste en que

no basta la calidad; precisa también la cantidad.

En 1870, el fusil Chassepot, usado por el ejército francés, era mejor que el Dreyse alemán, pero esa ventaja quedó anulada por ser mayor el número de fusiles alemanes que el de fusiles franceses. Verdad es que contribuyó mucho á la victoria de aquellos la artillería, mejor y mucho más numerosa que la francesa; los alemanes tenían entonces un cañón mejor que el de sus enemigos, pero no por eso disminuyeron el número de sus piezas, como ahora han hecho imprudentemente los últimos. Dando por sentado que tácticamente es preferible la batería de cuatro piezas, debe aumentarse el número de baterías; y si á esto se opone al gasto que el crecimiento llevaría consigo, conviene restablecer las baterías de seis piezas que, á juicio del autor, superan á las de cuatro en el concepto táctico.

Por nuestra parte, participamos de la opinión general favorable á las baterías de seis cañones, que podrian ser establecidas en España sin necesidad de gastos de consideración, sino con pequeñas modificaciones orgánicas. Bastaría imitar el sistema ruso, según el cual cada brigada (digase regimiento reforzado de artillería) se divide en dos ó tres divisiones, compuesta cada una de ellas de dos ó tres baterías. De momento podríamos implantar esa organización divisionaria, sin constituir más que nominalmente las brigadas, y poco á poco, para no aumentar los gastos de una vez, crear las divisiones ó reconstituir los regimientos.

J. F. H.



IMPORTANCIA DE LAS OBRAS DE FORTIFICACIÓN SEMIPERMANENTE

Copiándolas del *Ruski Invalid*, la *France Militaire* ha publicado algunas consideraciones realzando la importancia que han tenido en la última guerra las obras de fortificación semipermanente, caracterizadas por un fuerte perfil, buenos abrigos y eficaces defensas accesorias, compuestas principalmente de alambradas.

Algunas de estas obras, situadas al S. de Liao-Yang en terreno poco accidentado, estaban dominadas por las posiciones japonesas distantes cuatro á seis kilómetros, á pesar de lo cual el atacante no pudo preparar convenientemente el asalto. En el periodo preliminar, ó sea el duelo de la artillería, los japoneses advirtieron que las granadas no tenían efecto sensible sobre las obras en cuestión, y trataron de acercarse á cubierto del kaolián; pero los resultados fueron casi nulos y mayores las pérdidas.

Los ataques contra los fuertes semipermanentes fracasaron; y como la situación de las obras había sido muy bien estudiado para que se flanquearan mutuamente, tampoco los japoneses pudieron forzar el paso á través de los espacios intermedios. Las bajas de la guarnición fueron insignificantes. Cuando el general Kuropatkin ordenó la retirada general,

bastó la defensa que hicieron los fuertes para detener al enemigo. Ni una sola de estas obras fué tomada á viva fuerza.

La batalla del Sha-ho confirmó las enseñanzas deducidas de la de Liao-Yang. Todos los ataques japoneses, ejecutados con verdadera furia, fueron infructuosos; en algunos casos, no solo la artillería de campaña, sino también algunas piezas pesadas cañonearon violentamente el fuerte que se quería conquistar: el asalto subsiguiente tuvo el mismo desgraciado éxito que los anteriores. Contra obras de tierra y tenues alambradas son insignificantes los efectos de la artillería. Cuando arrecia mucho el cañoneo la guarnición llega á sobrecogerse y procura ocultarse; pero antes de que la infantería enemiga llegue á las inmediaciones de la obra, se ha desvanecido aquel efecto moral, porque la artillería adversaria tiene que suspender el tiro con objeto de no herir á sus propias tropas, y en el defensor sobreviene una reacción que le hace aun más temible que antes.

Fundado en estos hechos, el periódico francés cree que hay poco que temer de las baterías pesadas que forman parte de algunos ejércitos, entre ellos el alemán, y que están precisamente destinadas á batir las obras de defensa en cualquiera de sus variedades. Ciertamente, la artillería es poco eficaz contra las obras de fortificación de la naturaleza referida; pero no es menos verdad que no cabe deducir enseñanzas generales de la última guerra, en lo que á fortificación se refiere, porque fácilmente se llegaría á consecuencias falsas. Rara vez en un teatro de la guerra europeo se dispondrá de tiempo suficiente para levantar en un campo de batalla fuertes de perfil reforzado; esto solo podrá hacerse en determinadas posiciones situadas muy á retaguardia y, para ellas, en la mayoría de los casos será infinitamente preferible acudir á la fortificación permanente, que permitirá disminuir el efectivo de guarniciones inmóviles; mientras que en campo abierto la fortificación de campaña ofrecerá soluciones para todos los casos, aunque no tengan las condiciones de resistencia de las obras semipermanentes, como estas no tienen las que poseen las permanentes.



UNA CARTA DE DRAGOMIROFF

El célebre general ruso Dragomiroff ha muerto, el 28 de Octubre, á los 75 años. Seguía con el más vivo interés el desarrollo de la guerra ruso-japonesa, á la que dedicaba frecuentes artículos, en los que resplandecen las brillantes cualidades del caudillo que sabe llegar al corazón de sus soldados, y que busca en el *hombre* el factor de la victoria. Tomándolo de la *Revue du Cercle Militaire*, damos á continuación uno de los fragmentos más interesantes del último de aquellos artículos.

«Oigo hablar de otra proposición, á la que se atribuye novedad: hacer que la cadena de tiradores continúe disparando durante la marcha ofensiva. Sobre que tal tiro es más peligroso para las tropas que lo ejecutan que para el enemigo, debo añadir que en 1845 ya se me había enseñado esta maniobra; pero después de la campaña de Crimea se abandonó el procedimiento como contrario á la naturaleza del fuego, que no puede

ser eficaz más que ejecutado por tiradores en reposo y no en marcha.

»Tengo aun que señalar otra lindeza; no se refiere al empleo del hombre en el combate, sino de una al parecer coordinación del combate mismo. Digo al parecer porque me parece difícil obtener esta coordinación con el método propuesto, método que, en todo caso, conducirá necesariamente á una disminución en el número de combatientes. Me refiero al empleo, nuevamente propuesto, de las señales hechas durante el día con banderas y de noche con linternas. Se propone que haya cuatro señaladores por compañía ó escuadrón. Adoptando esta medida saldrán de filas 64 hombres inteligentes por regimiento de infantería y 256 por división. Digo inteligentes porque es difícil que los imbéciles aprendan el servicio de señales. Esos hombres inteligentes ¿quedarán perdidos para el combate? Seguramente sí.

»No es esto todo. Verosímilmente, los señaladores de cada regimiento serán mandados por un oficial, al que se apartará de su verdadero cometido. El aprendizaje de los señaladores exigirá mucho tiempo y mucho trabajo, puesto que puede predecirse que en lugar de contentarse con enseñar á esos hombres las señales más indispensables, se rebasará la medida.

»Y, en resumen ¿á qué conducirá todo esto? A disponer de un medio mediano y aun peligroso para transmitir las noticias y las órdenes. En efecto, bastará que tres ó cuatro señaladores sean muertos para que el servicio quede desordenado. Además, supongamos que por efecto del azar un señalador colocado en un punto importante se distraiga en el tumulto del combate: transmitirá señales imposibles de entender. Si otro cae prisionero, y quereis cambiar el alfabeto, será menester volver á empezar la instrucción de todos los señaladores del ejército. ¡No sería mala idea entregarse á tales ocupaciones en tiempo de guerra! Finalmente, conviene no olvidar que á causa de nuestra afición á inventar destacamentos de todas clases, las compañías tienen unos efectivos tan reducidos que puede decirse que ellas no existen.

»Creo que en las maniobras del tiempo de paz el espectáculo sería muy bonito, cuando una división avanzara acompañada de banderas; pero en la guerra esas banderas, lejos de ser útiles, revelarían á menudo la situación de las tropas. Por otra parte, entre nosotros las invenciones concernientes al servicio de señales suelen ser desgraciadas: ¿quién no conoce el ensayo que se intentó en Gormi Dolmiak para asegurar la simultaneidad de los ataques por medio de descargas de artillería? ¡Vaya un fiasco!

(Concluirá)